



*Under The Rainbow*

NICOLÁS ALVARADO

**H**e aquí uno de los contadísimos casos en que la televisión lega una imagen (si no es que una idea) a la posteridad literaria: el féretro de Carlos Monsiváis cubierto por tres banderas, la tricolor de México (patriotero y previsible pero pertinente), la azul y oro de la unam (un pelín inexplicable sobre el ataúd de quien fuera sobre todo un autodidacta pero acaso justificable dado el amor que profesara —*not wisely but too well*— a dicha institución) y, sorpresa mayúscula —no por reveladora sino por inesperada, por impensable hasta su muerte— la que ostenta los colores del arco iris y representa la diversidad sexual.

Cuentan los rumores que quien tuvo la ocurrencia de disponerla sobre los restos fue Horacio Franco, flautista conocido tanto por su solvencia musical como por su identidad e imagen orondamente gay. ¿Por qué lo hizo? Ignoro la respuesta precisa y, aunque podría marcar su número telefónico y preguntárselo, prefiero, imaginativo (y remolón), especular con tres posibilidades. Una (la políticamente correcta): que lo haya hecho en reconocimiento a los esfuerzos literarios y políticos del escritor por colocar el respeto a las sexualidades alternas en la agenda nacional. Otra (la más probable): que con el acto haya pretendido (y logrado) sacar oficialmente a Monsiváis del clóset, expropiarlo al menos parcialmente como avatar icónico del *gay pride*. O la tercera (la más ambiciosa): que al desplegar el estandarte sobre el cuerpo inerte del escritor haya decidido dar fe pública de uno de los elementos consustanciales de su obra y postular no a Carlos como un hombre homosexual sino a Monsiváis como un escritor (también) gay.

Dudo que haya sido la tercera. (Ya lo averiguaré.) Pero habría sido no sólo la más elegante sino también la más lúcida.

\* \* \*

Vuelvo a hojear *El arte de la ironía*, la recopilación de textos realizada por Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado que, con el subtítulo *Carlos Monsiváis ante la crítica*, hace disección coral del universo monsvaisiano. Sus múltiples autores aíslan con buen ojo y a menudo buena pluma elementos característicos y recurrentes en la obra del autor: la presencia a veces incómoda pero nunca apabullante de un aparato ideológico a un tiempo progresista y liberal, la nación y la ciudad, el autoritarismo y la libertad, la alta cultura y el pop, la historia y la religión (o, cuando menos, su negación explícita, esa otra forma de religiosidad). De cultura gay, sin embargo, se habla nada o casi nada: constituye, claro, el trasfondo obligado del texto de la estadounidense Linda Egan sobre el ensayo biográfico que dedicara Monsiváis a Salvador Novo (*Salvador Novo, lo marginal en el centro*) pero sólo en tanto contexto natural de la vida y la obra de Novo y acaso en tanto bandera recurrente —una más de sus tan caras “causas perdidas”— en la literatura y la actuación pública de Monsiváis.

Es el de Egan un texto raro: uno que parece haber hecho un hallazgo literario certero e indispensable pero que no se atreve a pronunciar el nombre de ese hallazgo a no ser en un susurro oblicuo. Así, sobre todo, en los últimos dos párrafos, en los que elude el problema de postular abiertamente la conclusión a la que de todos modos la imaginamos llegar, merced al recurso a un tiempo brillante y cobarde (“Cada hombre mata las cosas que ama. El cobarde lo hace con un beso.

El valiente con una espada.”: esa cita de Wilde que tanto entusiasmaba a Monsiváis) de dejar la última palabra al autor del que se ocupa. (El texto, en efecto, termina con una loa a Novo y a su “literatura magnífica donde se enriquece nuestra diversidad”, extraída del prólogo de Monsiváis a *La estatua de sal*.) Inmediatamente antes, sin embargo, una Egan púdica coquetea entre líneas con la hipótesis gay:

A veces, al hablar de Novo o de Villaurrutia o de cualquiera de los valientes poetas homosexuales, su voz adquiere un tono tierno, casi elegíaco, como si lo entristeciera contemplar las pérdidas que fueron el precio de los regalos artísticos que estos hombres heredaron a su cultura y sociedad.

¿Qué enternecería tanto a Monsiváis? ¿Qué lo haría mudar su registro, con frecuencia tan cercano a la sátira o a la parodia, al terreno de la elegía? Lo mismo que llevaría a Christopher Domínguez Michael —en dos textos distintos, fechado uno en 2002 y otro en 2004— a referir el libro sobre Salvador Novo como “el más personal” de la obra de Monsiváis y —en la primera versión— a yuxtaponer a tal adjetivo otro, igualmente revelador: “desgarrador”.

La lectura de *Salvador Novo, lo marginal en el centro*, texto que funciona a un tiempo como biografía, como ensayo literario y como anecdótico desolado de los inicios del movimiento gay mexicano, desgarrado, en efecto, a quien la emprende, y no tanto por las tribulaciones personales de un Novo por el que Monsiváis guarda tanta admiración literaria y moral como escarnio político (resulta, en efecto, difícil perdonar los oportunistas arranques de conservadurismo y la acomodaticia obsecuencia con el establishment priísta de sus últimos años) sino por la proyección soterrada que Monsiváis hace de su propia vida y obra —de su propia identidad gay, tanto en lo personal como en lo literario— en la figura doliente de Novo.

En *Salvador Novo*, Monsiváis aparece, en efecto, desgarrado, y más por lo que no dice que por lo que dice. El recurso a la primera persona es casi nulo pero eso no hace de éste un texto menos confesional, ya desde su primera página. Cuando Monsiváis describe el legado de Novo como “frivolidad y lecciones-de-abismo” resulta imposible no pensar en que él mismo ha escrito *Escenas de pudor y liviandad* pero también *Entrada libre*. Cuando diagnostica correctamente que Novo intentó “desmedidamente la refinada y sagaz travesía: el intelectual que se propone ser figura popular” viene a la mente el Monsiváis traductor de Tu Fu pero también el que fuera lucerito del Canal de las Estrellas. Y cuando señala que a Novo, “[a] diferencia de Wilde, la sociedad que lo persigue termina reconociéndolo —y, por lo mismo, ocultando su significado— en vida” se dibuja la imagen de ese Monsiváis (el tal Monsi) que pudo conjugar a un tiempo legitimidad literaria y fervor popular e incluso político aunque hubo de renunciar a la asunción abierta de su identidad sexual.

Termina Monsiváis su prefacio con una frase lapidaria —“La intimidad de un autor está siempre a la disposición de sus lectores”— y procede a ejemplificarla a lo largo del libro, erigiéndola —quiero pensar que con plena conciencia— en permanente referente metatextual. Para Novo (como para Monsiváis), “la conquista de la ciudad” sería “la apropiación del territorio enemigo a través de la inteligencia y de la agudeza”. A Novo (como a Monsiváis) “el humor, y un humor salvaje y procaz, lo distancia de la amargura de lo

real". Para un Novo que abreviaría de la tradición inglesa (como para ese Monsiváis que a veces se antoja un escritor británico o estadounidense nacido por accidente en México) habría algo "muy evidente: convenientemente tratado, cualquier tema importa", y la dimensión literaria le sería impresa por "[el] acopio de información, erudición, inteligencia, calidad prosística, formación poética, cultura amplia y observaciones de vida cotidiana regidas por el desmesurado amor al presente". ¿Quién de los dos fue ese "ególatra y rencoroso, feliz en demasía por sus incursiones en televisión" que sin embargo continuó siendo "el escritor agudo y omnipresente, dispuesto al aburrimento último con tal de presenciar, día con día, la feria de las vanidades"? ¿Y en quién piensa Monsiváis cuando sentencia que "por gay debe entenderse a los solteros que insisten en no pagar el tributo del camuflaje"?

La respuesta a esta última pregunta es algo más compleja. Monsiváis fue un soltero y un gay pero nunca se sustrajo bien a bien al camuflaje. Más eminencia gris que estandar-te del movimiento homosexual, lo más cerca que estuvo de salir del clóset reside en esas confesiones tácitas en que se oculta tras la máscara de Novo para hablar de sí mismo. Ajeno no sólo al dandismo epiceno de Novo sino sobre todo a su descaro confesional, Monsiváis comprometió con la causa de la diversidad sexual su activismo y parte de su literatura pero no su figura. Y no, creo, por cobardía sino por designio estratégico: a diferencia del Novo individualista que "condenado por sus características a ser un derrotado en la vida, un paria, jamás comparte el amor por las causas perdidas", Monsiváis diluye la única que le es propia en la agenda colectivista de un adalid de las causas perdidas. ¿La ganancia? Eficacia. ¿La pérdida? Honestidad.

\* \* \*

Y sin embargo es posible postular a Carlos Monsiváis como un escritor gay y no sólo como un gay escritor. Su mirada, la del espectador deleitado por el artificio, es la del camp, sensibilidad homosexual de la que Susan Sontag hiciera la definición primigenia pero que, con el correr de los años y el auge de los gay studies, ha adquirido mayor precisión en su dibujo. Esther Newton, por ejemplo, designaría la incongruencia como el tema del camp, la teatralidad como su estilo, el humor como su estrategia: la definición calza a Monsiváis como un guante (de satín). Propondría, además, como típicamente camp, la yuxtaposición de lo alto y lo bajo, lo joven y lo viejo, lo profano y lo sagrado: ahí reconocemos otra vez a Monsiváis. Y se antoja difícil encontrar una mejor brújula de su estrategia literaria que la aseveración de Joshua Glenn de acuerdo a la cual hay en el camp "una ironía comprometida que [...] permite una fuerte sensación de involucramiento con una situación o con un objeto al tiempo que ofrece de manera simultánea una apreciación cómica de sus contradicciones": todo un propedéutico para comprender los rituales del caos pero, sobre todo, a su oficiante mayor.

\* \* \*

Lo de la bandera, pues, no fue sino perogrullada. Ahí vivió, ahí escribió y ahí yace Carlos Monsiváis: bajo el arco iris, junto a Judy Garland. ●